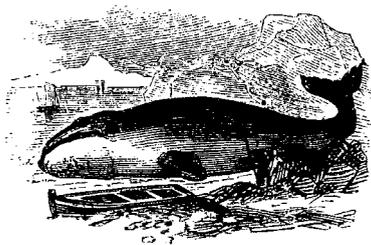


PRIMERA PARTE
¿PUEDE PESCARSE UN LEVIATÁN CON ANZUELO?



Prólogo



EN EL PUEBLO DE ST PIRAN todavía hablan del día que en los arenales de Piran apareció el hombre desnudo. Fue el mismo día que Kenny Kennet vio a la ballena. Unos dicen que fue un miércoles. Otros parecen seguros de que era jueves. Fue a comienzos de octubre. A menos que fuera a fines de septiembre; pero ha pasado casi medio siglo desde lo que sucedió aquel día, y del revuelo de los días y semanas siguientes, y nadie, en aquella época o después, pensó en dejar por escrito lo sucedido. Así que lo único que tenemos son recuerdos, y estos suelen ser frágiles. En el pueblo hay algunos que aseguran que se acuerdan de todos los detalles, como si aquello hubiera pasado la semana anterior. Debían de ser jóvenes cuando sucedió todo aquello, y sus relatos forman parte de una maraña de cuentos que son eco de los viejos tiempos, y de cómo era el mundo, y todos hablan del hombre desnudo, y todos hablan de la ballena.

Muchos de los que participaron en esos sucesos ya no están con nosotros. Garrow el Viejo lleva mucho tiempo muerto. Y lo mismo el doctor Mallory Books, Martha Fishburne, el reverendo Alvin Hocking y Jeremy Melon, y muchos de los que ayudaron a salvar a la ballena. Pero sus relatos sobreviven y los cuentan los hijos y los nietos de los del pueblo, los vecinos y amigos. También se cuentan en el Festival de la Ballena que se celebra en la antigua iglesia normanda cada día de Navidad. De modo que si alguna vez encuentras el camino hasta St Piran (lo que po-

dría ser difícil), oirás la historia en las calles y los bares; y si te entretienes con uno o dos del pueblo, y preguntas, puede que se sienten contigo en un banco con vistas al oleaje del océano, y puede que vuelvan a contar la historia: lo de la playa, y lo de la ballena, y lo del hombre desnudo. Puede, incluso, que te lleven andando por el antiguo muro del puerto y por el sendero pedregoso que rodea el promontorio hasta donde empieza la playa de guijarros y arena, y que te enseñen la roca sobre la que estaba Kenny Kennet cuando vio la ballena; y subiendo un poco más allá señalen la franja de arena donde fue encontrado el hombre que se llamaba Joe. Puede que se queden mirando el mar, las rocas nada acogedoras que bordean la playa como un collar gigantesco.

—¿Cómo es posible que un hombre flote en medio de ellas y no quede hecho trizas? —te podrían preguntar.

—Fue una aparición insólita. —Es lo que diría Jeremy Melon, el naturalista, de la llegada de Joe Haak a St Piran, cuando pronunciara el discurso anual en el Festival de la Ballena—. ¡Fíate de Joe para que una ballena te traiga desnudo a la playa! Otras personas preguntan la dirección y llegan tranquilamente al muelle a la luz del día. Pero Joe, no. Eso no. Joe quiere hacer una entrada espectacular. Así que se presenta disimuladamente en el pueblo en plena noche, nada mar adentro y vuelve cabalgando a lomos de una ballena enorme en la flor de la vida. —Y todas las veces que Jeremy Melon contaba eso arqueaba las piernas como un vaquero que monta un caballo enorme, y hacía girar un brazo como si sujetara un lazo. Puedes imaginar a Joe montado en el magnífico animal, maniobrando entre las rocas y subiendo al arenal. Jeremy sabría, lo mismo que los demás, que había poco de cierto en esa historia; pero contenía mínimos fragmentos de verdad, y muchas veces lo único que necesitamos para entender la realidad son fragmentos de verdad. El relato de Jeremy podía hacer reír a la gente; incluso a las personas que habían conocido a Joe Haak. Y eso, al final, era lo que importaba.

—A veces la exageración puede estar más cerca de la realidad que la verdad —diría la novelista Demelza Trevarrick. Y a Jeremy Melon le pa-

recía que aquel era el modo en que St Piran prefería recordar a Joe Haak. No les interesaba el Joe serio, el pirado de la informática que se había pasado la vida doblado encima de sus ordenadores, trabajando en las matemáticas del Armagedón. No les interesaba el escurridizo, el chiflado chico de la ciudad que llevaba corbatas de seda, conducía coches veloces y ganaba al mes más de lo que ellos ganarían en un año. No les interesaba el Joe que ninguno de ellos había conocido; el Joe inseguro y preocupado, el Joe acosado por demonios, el Joe solitario que andaba merodeando en la oscuridad enfrentado a sus miedos privados. Ninguno de ellos es el hombre al que recuerdan en el Festival de la Ballena. El hombre al que homenajean fue un *héroe*. Fue un profeta. Fue el hombre que salvó al mundo. Y si vives en el pueblo de St Piran, entonces St Piran *es* el mundo... al menos para ti. Y así han pasado los años, y los recuerdos auténticos del hombre que se llamaba Joe se han confundido con los relatos. Habría niños en el Festival de la Ballena que oirían hablar a Jeremy Melon y que ahora siempre imaginarán al joven Joe Haak desnudo, a lomos de una ballena, y quizá, cuando todos los que le conocieron hayan muerto, esa sea la imagen que perdure.

El día que Kenny Kennet vio a la ballena

FUE CHARITY CLOKE LA QUE lo vio primero. Entonces solo tenía diecisiete años, y una tez tan lozana que las mejillas le brillaban como miel de trébol. En St Piran decían que estaba «tardando en florecer», pero un verano de suave sol de Cornualles y cálidos vientos atlánticos había barrido cualquier rastro de granos y acné adolescente y de molas de niña pequeña, y la chica que llegó a la playa con su perro aquella mañana de octubre (¿o quizá era septiembre?) ya no era una niña.

—Los árboles que florecen tarde —diría Martha Fishburne— muchas veces florecen mejor. —Y Martha era maestra, así que debía saberlo.

Charity Cloke estaba paseando a su perro por la franja de guijarros secos que se extendía entre la playa y los acantilados, justo sobre los restos de algas depositados por la marea. Los pocos que estaban de vacaciones en otoño y que se habían aventurado, un día cálido, a frecuentar el arenal estaban abrigados y paseaban por los acantilados. La playa se encontraba desierta. Al oír lo que cuentan ahora, uno podría creer que estaba allí la mitad del pueblo, pues muchos aseguran haber visto al hombre, o haber colaborado para sacarle del mar; pero cuando se revisan los relatos, y cuando se escucha con atención a quienes aseguran que lo vieron, solo cinco personas, incluida Charity Cloke, se puede decir, sin la menor duda, que estuvieron allí aquel día; seis si se incluye al propio hombre desnudo.

Estaba Kenny Kennet, el que rebuscaba en la playa. Se encontraba merodeando por los guijarros del este de la bahía en busca de mejillones

y cangrejos, maderas y otros restos flotantes. Si la búsqueda se le diera bien, convertiría los restos de maderas flotantes en obras de arte que podría vender a los turistas el próximo verano. Los mejillones y cangrejos los cocería y se los comería. Y los demás restos... bueno... eso dependería de lo que encontrara.

Garrow el Viejo, un pescador, estaba allí, pero, como dirían los del pueblo, Garrow el Viejo *siempre* estaba allí. Podía pasarse la mayor parte del día sentado en un banco cuando hacía buen tiempo y el viento era suave, con su gorro de punto encajado hasta las orejas, y allí fumaba su pipa y contemplaba las olas, atraído por el movimiento del agua, el golpear de la espuma salina y los gritos de las gaviotas argénteas; y allí, quizá, soñaba con el tiempo en que el océano fue su hogar.

Aminata Chikelu, la joven enfermera, estaba allí. Trabajaba en el turno de noche del pequeño hospital de Treadangel, así que la mañana en los arenales de Piran era para ella, en cierto sentido, su *tarde*. Aminata se relajaba, cuando la mañana era agradable, dando un paseo por el estrecho sendero que abrazaba la costa. Allí conseguía eliminar el estrés de la noche.

—¿Qué haces *en realidad* de noche en el hospital? —le preguntaba la gente.

—Atiendo a los enfermos que duermen —decía ella.

Y eso hacía durante sus rondas, provista con una linterna de luz atenuada y zapatos que no chirriaban, comprobando los goteros, y los medicamentos, y el pulso de sus pacientes de larga estancia, viejos y (con frecuencia) moribundos. Pocos de nosotros convivimos tan íntimamente con la muerte como las enfermeras; y la costa de Cornualles, podría contar Aminata, era uno de los sitios donde *venía* a morir la gente. Hay sitios peores para pasar los años de decadencia. ¿Pero te imaginas, si has cambiado tu casa de la ciudad por una barata y pequeña residencia junto al mar para enfermos terminales, que una noche exhalas tu último suspiro dentro de los límites antisépticos de un hospital sobrecalentado y la única persona que te coge la

mano o es testigo de tu despedida es una esbelta enfermera de Senegal? Incluso a los que poseyeran suficiente imaginación les resultaría difícil imaginar una cara más agradable, o una voz más suave, o unas manos más cálidas para aliviar la partida que las de Aminata Chikelu. Lucía una tez café con leche que evidenciaba el cóctel de genes de sus antepasados: un poco de África, un poco de Europa y un poco de quién sabe dónde; un conjunto híbrido que le proporcionaba la combinación perfecta de rasgos: ojos oscuros subsaharianos, pelo espeso, que llevaba trenzado con cintas, una nariz levemente celta y una encantadora sonrisa gitana.

El último de los que estaban aquel día en los arenales era Jeremy Melon, naturalista y escritor. Jeremy, un tipo delgado y singular, venía a la cala, o eso te diría él, en busca de *inspiración*. A veces instalaba un caballete y llenaba un lienzo con acuarelas, pero esa no era su especialidad. Las palabras eran su dominio. Las historias eran su dominio. Muchas veces con marea baja emprendía su marcha por la bahía y contemplaba a las criaturas de los charcos entre las rocas, imaginando historias de sus vidas. Qué curioso debía de ser, pensaba, ser un gusano, o un pez o una concha marina en un charco. Con la marea alta tu vida se convertía en parte del enorme océano que rodea el planeta. Podías venir e ir adonde quisieras. Podías navegar sobre una ola y flotar o nadar hasta la playa de Port Nevis, o surcar las aguas hasta Tahití. Luego, en el momento siguiente, la marea te abandona; el mar se retira; y entonces ocupas un frágil recipiente de agua sin refugio frente a las fuerzas del sol, que resecan, o incluso a los que rebuscan en la playa como Kenny Kennet, que te podría meter en un cubo y freírte. Algún día, pensaba Jeremy Melon, escribiría un relato sobre eso.

Seis personas, pues, y un perro; y una de las seis estaba tumbada desnuda, boca arriba, y parecía que estaba ahogada.

La gente podría preguntarle a Charity Cloke: «¿Era tan guapo... ya sabes... *allí abajo?*», y movían los ojos sugiriendo la parte de abajo. Lo que querían decir era, claro: «¿Era tan guapo por debajo de la cintura como

indudablemente lo era por encima?». Y Charity Cloke respondería con una tímida sonrisa, sus mejillas de miel sonrojadas.

—No lo puedo decir —contestaría, y enarcaría las cejas de aquel modo... contenta de poseer tal información íntima pero nunca inclinada a compartirla.

Por encima de la cintura el hombre de la arena, podrían decir muchos, era guapo. Fría debido al mar, su carne parecía translúcida; sus venas azules, como un mapa secreto debajo del pálido papel de su piel; su pelo, desparramado por la cara como trigo mojado después de una tormenta. Pero lo que ya sabían los lugareños que hablaron del asunto con Charity Cloke (porque los rumores eran muy claros al respecto) era que el hombre desnudo había hecho gala, aquel día, de un fenómeno fisiológico completamente infrecuente en un hombre sacado de agua fría. El doctor Mallory Books usaría el término médico adecuado cuando se lo explicó a Charity. El hombre del mar, diría, estaba «priápico». El agua muy fría, contaba a la joven, puede, en ciertas circunstancias, producir una vasodilatación. Y la vasodilatación puede tener como consecuencia la reacción que había observado Charity Cloke. No te preocupes, le dijo el doctor Books, la hinchazón era involuntaria.

—Esas cosas no duran mucho —dijo.

Y, en efecto, minutos después de su llegada al pequeño consultorio del doctor Books en la calle del Pez, el efecto había cesado, la erección había desaparecido, y eso había evitado posteriores sonrojos de la señorita Cloke.

Podrías, si visitaras St Piran, dar sentido a la secuencia de acontecimientos del arenal de Piran y del pueblo de St Piran de aquel día de otoño combinando las historias que contaban Charity Cloke, Kenny Kennet y Jeremy Melon. Podrías añadir a ellas los relatos de Casey Limber, el fabricante de redes, y los del doctor Books y de Garrow el Viejo. Si lo conseguías, podías, con cierta confianza, ser capaz de desenmarañar el auténtico curso de los acontecimientos del día en que empezó todo.

Podrías empezar con Kenny Kennet, el que rebuscaba en la playa, andando entre las rocas del extremo este de la bahía con sus bolsas de plástico, sus reteles y el resto de su equipo. Aquellas eran rocas que él conocía bien. Llevaba rastreando aquella cala, y una docena más a lo largo de la costa, en busca de restos de los tesoros desechados por el mar, diez o quince años; desde que dejó el colegio, si sus cálculos son dignos de crédito. Su pelo, casi nunca cortado, estaba enredado y tieso, como cabos de cuerda descoloridos por la sal y el viento; ahora que los días se hacían más frescos, mantenía el indomable pelo en su sitio debajo de una gorra de gendarme de lino. Llevaba unos pantalones de Oxfam enrollados hasta la rodilla, una camiseta de Guinness y en el cuello un pañuelo de algodón muy gastado. Estaba agachado, arrancando mejillones de una roca con una navaja de hoja plana, cuando, en un arranque, se estiró, gateó unos tres metros promontorio arriba y, desde su posición dominante, miró hacia el mar.

¿Qué estaba buscando?

—Nada en especial —diría. Aquello no era más que algo que hacía. Esperaba quizá restos traídos por el mar, flotadores que pudiera vender a los mariscadores por un vaso de cerveza, o trozos de red para Casey Limber.

Lo que vio, sin embargo, fue a la ballena.

Al principio podría haber sido un delfín. O incluso una foca. Se deslizó como una sombra por debajo de las olas, como el casco gris verdoso de un antiguo barco hundido, girando ligeramente, atrayendo los rayos del sol desde el agua. A Kenny le pareció como si una mano se hubiera movido delante del sol, originando una franja de oscuridad que se desplazaba por las profundidades. Y entonces, con apenas una ondulación, el leviatán se hundió y desapareció.

El agua era oscura y profunda en el promontorio. Kenny Kennet lo sabía, pero nunca había visto a un delfín tan cerca de la costa. Contempló la vacía franja de mar, reflejando lo que había, o no había, visto. Tiene que haber sido un delfín, pensó. A menos que... ¿a menos que quizá fue-

ra una ballena? Ahora el agua que había ocupado la forma gigantesca estaba brillante, como si una delgada película de cristal hubiera quedado sobre el mar. El rastreador de playas volvió la cabeza para ver si había alguien más que pudiera confirmar lo que había visto. Y justo a unos cien metros aproximadamente estaban Charity y su caniche.

—¡Eh! —Kenny agitó los brazos—. ¡Eh!

Su grito atrajo la atención de Charity Cloke, y también la de Aminata Chikelu, que estaba un poco más arriba de la orilla, y asimismo la de Jeremy Melon, que todavía exploraba los charcos de las rocas.

—¡Eh! —gritó Kenny otra vez—. ¡Creo que he visto una ballena!

—¿Una qué? —chilló Charity. Jeremy y Aminata estaban demasiado lejos para unirse al intercambio de frases.

—¡Una ballena! —Kenny hizo un gesto señalando algo.

Charity Cloke se lanzó a correr por la arena hacia el promontorio. Había varios salientes de roca que sortear.

—¡Rápido! —Kenny volvía a ver la forma. Emergía lentamente de las profundidades.

—Ya voy. —Charity utilizó las manos para sujetarse al rodear una roca puntiaguda con bálanos incrustados.

—Rápido.

En el océano emergía el leviatán. La marea parecía subir con el monstruo. Una cascada de espuma y burbujas se desbordaba por sus costados. Ahora tenía una forma reconocible: un globo de barrera con estrías que se doblaba y producía ondas. ¿Podría ser un submarino? La idea sorprendió a Kenny, pero la sugerencia se desvaneció al instante cuando el enorme lomo gris del cetáceo asomó por encima de la superficie y, con un monstruoso resoplido, una columna de agua salió despedida por sus espiráculos.

—¡Dios mío!

Charity Cloke estaba gritando a unos metros de la orilla.

—No pasa nada —exclamó el rastreador de playas con los ojos clavados en la ballena—. No te va a hacer daño.

Pero Charity no le gritaba a la ballena.

Más tarde Charity diría que lo que le hizo gritar no fue la desnudez del hombre. Tampoco la evidente erección; su «priapismo», como lo llamó el doctor Books.

—Fue solo la impresión —diría—. Rodeé la roca y allí lo tenía... allí tumbado. Creí que estaba muerto.

Puede que el hombre de la playa no estuviera muerto, pero sin duda estaba frío y muy quieto. Jeremy Melon fue el segundo que llegó. Si acaso, Jeremy parecía más impresionado por la aparición del hombre que la propia Charity. Entonces Kenny bajó de su roca todavía sofocado por su encuentro con la ballena.

—¿Qué...?

—Creo que está muerto —dijo Charity.

Ahora tres personas inmóviles miraban el cuerpo en la arena, y ninguna se atrevía a tocarlo. Era la terrible inercia de una crisis lo que les contenía. La parálisis fruto de la indecisión. Era un hombre... claro; su tremenda tumescencia era prueba de ello; pero tenía la piel tan blanca y magullada por la arena que al principio Charity había pensado que podía tratarse de una marsopa. O una foca. O algo muerto surgido de las profundidades y depositado como un desecho en la playa.

—¿Quién es? —preguntó Kenny, como si saber eso pudiera servir de algo.

—No lo he visto nunca —dijo Charity.

Jeremy negó con la cabeza despacio.

—Yo tampoco.

—¿No deberíamos...? —empezó Charity.

—¿Qué?

—Hacerle... ¿el boca a boca?

El silencio resultó embarazoso. Ninguno de los dos hombres parecía dispuesto a aplicarle el tratamiento.

—Lo haré yo —dijo Jeremy, al cabo de un momento. Se estaba poniendo de rodillas.

—No. Lo haré yo —dijo una voz desde atrás. Aminata, la enfermera, acalorada por su carrera por la playa, acababa de llegar. Los apartó y se dejó caer en la arena.

—Sujétenle los brazos.

Hicieron lo que se les decía. El náufrago estaba frío y empapado; debía de llevar en el agua mucho tiempo. Puede que la ola producida por la emersión de la ballena lo hubiera traído a la orilla.

—Pónganle boca abajo. Le tengo que vaciar los pulmones.

Ahora se ayudaron unos a otros. Le dieron la vuelta al cuerpo, sin preocuparse del efecto que eso pudiera tener sobre su erección. Aminata le apretó la espalda con las manos. El agua salió por la boca a borbotones. Volvió a hacer presión. El hombre pareció asfixiarse.

—Creo que está vivo —dijo Aminata—. No tenía mucha agua en los pulmones. Pónganle de espaldas.

Le dieron la vuelta con torpeza.

—Creo que está respirando —dijo Kenny.

—Vamos a asegurarnos. —La enfermera tapó los orificios de la nariz del hombre y apretó sus labios contra su boca, introduciéndole aire en los pulmones. El pecho del hombre se hinchó, y luego, cuando ella se apartó, el pecho se hundió. Aminata volvió a introducirle aire.

—No hay duda de que respira —dijo Jeremy.

—Una vez más. —Otra bocanada de cálido aire senegalés introducida en los fríos alvéolos del hombre que no estaba muerto. Y esta vez, cuando Aminata soltó a Joe y el cuerpo de este cayó lentamente, sus labios parecieron separarse de mala gana, como las bocas desesperadas de dos amantes que se despiden.

—Está congelado —dijo Charity.

—El frío es lo que le mantiene con vida. —Aminata se estaba quitando el abrigo—. Pero, de todos modos, tenemos que calentarle. Vamos a ponerle esto.

—¿De dónde vendrá? —preguntó Kenny.

—¿Importa eso? Venga. Échenme una mano.

—Necesita unos... pantalones —dijo Charity. Fue lo más cerca que estaría de referirse a lo que le pasaba al hombre.

—No puedo darle los míos —dijo Kenny.

—Le pondré los míos. —Jeremy se soltó la hebilla del cinturón—. No te preocupes. Soy decente.

—Más decente que él —dijo Aminata.

Subieron los pantalones de Jeremy por las piernas mojadas del náufrago. Jeremy, en chubasquero y calzoncillos, examinaba la operación.

—Ahora —dijo— será mejor que lo llevemos al doctor Books.

Garrow el Viejo, sentado en su roca, apretaba el tabaco de su pipa cuando vio que los cuatro hacían esfuerzos por levantar al hombre. Al principio cada uno agarraba un miembro, y llevaban colgando como a un saco al desconocido, pero aquello resultaba engorroso. Se detuvieron, hicieron una especie de cesto con los brazos y colocaron al hombre entre ellos. No era elegante, pero resultaba más fácil.

Garrow golpeó la pipa contra la roca.

—¿Vio alguno a esa ballena? —preguntó, mientras ellos avanzaban con esfuerzo arena arriba.

—La vi yo —dijo Kenny—. Estuve tan cerca de ella como ahora le tengo a usted.

—Es mala noticia —dijo Garrow, poniéndose de pie con esfuerzo. Soltó una tos profunda y gutural—. No debería estar tan cerca.

—No —dijo Kenny—. Señor Garrow, tenemos que llevar a este hombre al doctor Books.

—Una ballena en la cala, eso es malo.

—Sí —dijo Kenny—. Tenemos que irnos.

—A los pescadores no les va a gustar nada.

—Supongo que no.

—No era una ballena de las que comen peces, señor Garrow —dijo Jeremy—. Por lo que pude ver, era una ballena de aleta.

—Conque una ballena de aleta, ¿eh?

—No comen peces. Es una ballena barbada.

Aminata intervino.

—Señor Melon, aunque a todos nos gustaría mucho quedarnos aquí para tratar de la biología de las ballenas, creo que tenemos que llevar a este hombre al médico.

—Claro. Claro.

El sendero que va a la playa de los arenales de Piran rodea el promontorio rocoso y luego dobla inmediatamente tierra adentro por las grandes piedras de granito del puerto del pueblo de St Piran. Allí se extienden un par de diques como brazos protectores que mantienen el océano apartado de las construcciones bajas encaladas que bordean el muelle. Al rodear ese promontorio, el grupo de salvadores se tambaleó con el cuerpo del desconocido colgando incómodamente entre ellos. En la dársena atrajeron la atención de todos los del pueblo que tenían vistas al puerto. Casey Limber, el fabricante de redes, fue el primero que los distinguió. Iba paseando por el dique en dirección a la playa cuando se encontró con ellos. Pronto se les unió Jessie Higgs, la dueña de la tienda, los pescadores Daniel y Samuel Robins, el dueño del pub Petrel, Jacob Anderssen, dos de las chicas que metían el pescado en cajas, el capitán O'Shea, jefe del puerto, Polly Hocking, la mujer del vicario, Martha Fishburne, la maestra, y una docena de personas más si damos crédito a lo que se cuenta.

—¿Quién es? —fue lo que preguntaron muchos, inquietos porque el cuerpo rescatado del mar pudiera ser un novio, o un hermano, o un primo, o un hijo.

—No lo sabemos —le dijo Jeremy.

—¿Un desconocido entonces?

—Eso es.

Detrás del grupo de porteadores venía Garrow el Viejo, agitando su bastón en una mano y la pipa en la otra.

—Es de mal agüero, os lo aseguro. Es mala señal.

Con ganas de más información, los lugareños rodearon a Garrow.

—Era una ballena —les contó, manoteando con mucha exageración—. Salió de las aguas como un demonio de las profundidades. Más grande que una casa, así era. Más grande que una hilera de casas.

Aquella explicación resultaba confusa.

—¿De qué está hablando, Garrow? —dijo uno—. Eso no es una ballena. Eso es un hombre.

—Y guapo —dijo otra persona. Puede que haya sido Polly Hocking, la mujer del vicario.

—Era una BALLENA, lo digo yo —exclamó el viejo pescador—. La vi yo. Salió del mar y me miró con su ojo.

Aquella noticia fue aceptada con desconfianza por el numeroso grupo del muelle.

—Usted no estuvo cerca de la ballena —soltó Kenny Kennet, corante, ahora que la conversación se centraba en la ballena, para asegurarse de que su participación en los acontecimientos no se pasaba por alto—. Yo estaba muy cerca de ella.

—Yo la vi desde tan cerca como te veo a ti —dijo Garrow.

—¿Llevamos, por favor, a este hombre al médico? —dijo Aminata.

—Deje que ayude. —Era el joven Casey Limber. Se adelantó para librar a Charity de su carga, pero tenía unos brazos tan fuertes que levantó al hombre inconsciente y cargó con él solo.

Y así el grupo avanzó por el puerto, pasó las casas de los pescadores que daban al muelle, hasta la estrecha plaza, y subió por la estrecha calle de adoquines hasta la puerta de una casa en un bancal. Muchas de las personas que se habían unido al cuarteto original en el muelle intentaron seguirlo dentro.

—¿Están locos? —preguntó Jeremy a la señora Penroth, la mujer del mariscador—. ¿No? Entonces quédense fuera, hagan el favor.

La puerta de la casa de la calle del Pez se cerró detrás de ellos y el grupo de mirones curiosos se quedó en la calle con sus teorías.